

LA REGLA DE SAN BENITO APLICADA A LA FAMILIA
CHARLA SR. JUAN DE DIOS VIAL CORREA
MAYO 7 DE 1996

1.- A primera vista parecería artificioso hacer un paralelo entre la vida monástica y la vida familiar. La mayor parte de las personas preguntadas - sobre todo si no saben nada de espiritualidad benedictina - lo pensarían así. Al fin y al cabo, los monjes se retiran del mundo en el cual viven las familias; no se casan y no tienen hijos, lo cual es lo constitutivo de una familia.

2.- Sin embargo el magisterio de la Iglesia nos dice (FC 11):

" la Revelación cristiana conoce dos modos específicos de realizar integralmente la vocación de la persona humana al amor: el matrimonio y la virginidad"

En el llamado "al amor" se entiende el llamado a Dios que es amor.

3.- Ahora bien no hay cristiano que pudiera evitar sentir que se le dirigen a él personalmente las palabras del prólogo de la S.Regla:

"Levantémonos pues sin demora, movidos por la Escritura que dice: es hora de despertarnos del sueño (Rom 13 11). Abramos nuestros ojos a la luz divina y escuchemos atentos a la voz divina que nos llama y nos exhorta a diario: Hoy si oyereis su Voz no endurezcáis vuestros corazones....Y luego: el que tenga oídos para oír que oiga, lo que el espíritu dice a las Iglesias....Y ¿qué es lo que les dice? Venid hijos y oidme:yo os enseñaré el temor del señor. Corred mientras tenéis la luz de la vida, no sea que las sombras de la muerte caigan sobre vosotros."

Todo esto es simplemente el llamado a la penitencia, a la conversión, que está en la raíz de la predicación evangélica.

Luego agrega: "El Señor busca su obrero entre los hombres. Lo llama: ¿Quién es el hombre que quiere tener vida, y desea ver días buenos? Y si al oír esto, contestas "Yo soy", dice el señor.....¡Mira, estoy aquí!"

El llamado al monje es pues un llamado a la vida cristiana - y también lo es el llamado a la vida en familia.

4.- No es el momento de hacer una historia del monacato. Sólo recordar:

-en tiempos particularmente difíciles - en torno a la paz de Constantino, se produce el monacato cristiano, como una segregación del mundo.

-luego de muchas experiencias surge Basilio de Capadocia, obispo de Cesarea (fl 370) quien desarrolla la idea del monacato cenobítico - en comunidad.

"...es útil por muchas razones llevar vida común con los que tienen la misma voluntad y el mismo propósito, en primer lugar porque también para las necesidades materiales y el servicio de los alimentos ninguno de nosotros se basta a sí mismo...nadie puede discernir con facilidad sus culpas y vicios pues no hay nadie que se los reproche...es imposible que uno solo pueda recibir todos los dones del Espíritu Santo, ya que la distribución de los dones espirituales se hace según la medida de la fe de cada uno...la vida solitaria en cambio está expuesta a un peligro intrínseco...la autocomplacencia...Ciertamente hay un estado en el cual se avanza por el ejercicio de las virtudes, en el cual brilla siempre más la meditación de los mandamientos divinos y este es la convivencia común de los hermanos que habitan unánimes entre sí"

- inspirado en esto, San Benito establece una "scola" del servicio de Dios.

La gracia de Dios y la cooperación del hombre pueden transformar a una comunidad en una escuela del servicio del Señor: llamado de atención a la familia cristiana.

5.- Ni un monasterio ni una familia tienen objetivos, metas como los de una industria o empresa corriente: no tienen "productos". Constituyen ellos mismos un modo de vida, dentro del cual la acción de cada uno está dispuesta para el buen orden del conjunto, para su armonía y vitalidad, mientras que el conjunto está allí para ordenar, proteger y estimular el pleno desarrollo de cada uno.

En ambos casos - monasterio y hogar - se trata de estimular y suscitar a las personas en la dirección de una mejor relación con Dios y con el prójimo.

6.- San Benito - romano al fin - centra su comunidad en la obediencia.

Prólogo: por el trabajo de la obediencia volver a El de quien te has apartado por la pereza de la desobediencia. Y en el capítulo 5, el primer grado de la humildad - de esa virtud por excelencia - es la obediencia.

Aunque el detalle de la obediencia monástica tiene muchas disimilitudes con la vida en el mundo, hay algo central para la vida de familia, porque no hay comunidad sin obediencia, como no hay comunidad sin autoridad.

¿qué significa autoridad? augere, auctor.

Autoridad para qué. Para educar. El deber de educar.

Educare: edere (alimentar); educere conducir fuera, llevar a luz.

7.- El ejercicio de la autoridad y el abad. La figura del padre y de la madre. Hoy día hay mucha competencia por la autoridad, por quien manda en la iglesia o en la familia. Para eso hay que leer lo que S. Benito escribe sobre el abad. El capítulo 2, y otros sitios que contienen las facultades del abad, están llenas de advertencias sobre la terrible reponsabilidad que pesa sobre él: "El abad debería

recordar siempre que de su enseñanza y de la obediencia de sus monjes se le pedirá cuenta en el día del Juicio. El abad debe entender que cualquier falta de los suyos le será imputada a él" Casi no hay parte en la que se mencione lo que la autoridad está facultada para exigir, en la que no se le recuerde al mismo tiempo de modo conminatorio la cuenta que le debe a Dios por ello.

Y además es necesario el consejo de la comunidad, y allí el consejo vital en la comunidad cristiana de no desoir el aporte del más joven, porque Dios puede hablar por medio de él.

8.- El ejercicio de la obediencia conduce a la humildad, umilitas, doce pasos progresivos en los que el hombre aprende del modo que le conviene al monje, la verdad sobre sí mismo, del que nada merece ante Dios, del que todo lo tiene gratis de El y que encuentra entonces "el perfecto amor de El" con el que echa fuera el temor y la ansiedad.

Esta umilitas, verdad del hombre ante Dios era fundamental. San Agustín padre del monacato occidental, en la Ciudad de Dios, pone como signo de esta precisamente a la umilitas, contrapuesta a la libido dominandi que es el signo de la Ciudad del Diablo. La obediencia y la ascesis de la convivencia educan a la umilitas. La familia cristiana que se pone en manos del señor, que educa con suavidad y firmeza es escuela de verdad del hombre para sí y ante Dios.

Creo que esto es fundamental hoy día. Una sociedad que relega a Dios al desván, es una sociedad poseída por la libido dominandi, y es muy fácil caer en el juego mortal que así se arma. Somos criaturas y lo hemos olvidado. Volveré sobre esto en un momento.

9.- La oración y el trabajo, acciones benedictinas si las hay , son por supuesto pilares de una vida familiar sana y ordenada hacia Dios.

10.- Pero quiero hacer una referencia especial, por parecerme muy especialmente valioso para la familia de hoy al capítulo 4 de los instrumentos de las buenas obras. Es un poco desconcertante. En aparente desorden se hallan ahí los mandamientos, las obras de misericordia, el combate de los vicios y los pecados capitales. Yo diría que se destacan dos aspectos: la relación personal con Dios, amarlo sobre todas las cosas y no desesperar nunca de su misericordia, son las ideas con las que empieza y termina la lista, y el ejercicio de las virtudes sociales, grandes y pequeñas, de amor y respeto al prójimo, al vecino. Una sociedad humana cimentada en Dios.

Pero estas virtudes no se dan de cualquier manera, sino en un taller que es el monasterio, y - lo que mucho nos importa ahora - la estabilidad en la comunidad.

Para la familia, las virtudes sociales y el amor de Dios, suponen y promueven la estabilidad familiar. La estabilidad de la vida monástica es como un reflejo de la indisolubilidad del matrimonio cristiano. Y allí, me parece que sin duda que es más exigente la ascesis como es en un sentido preciso mayor la perfección del

matrimonio indisoluble, sobre cualquier tipo de estabilidad monástica. La familia, hoy como lo fué en tiempo de san Benito, debía ser como el modelo sobre el cual se dibujara el ideal monástico.

11.- Familia estable, centrada en el servicio de Dios, en el servicio mutuo, la oración, la hospitalidad, animada por la obediencia y la humildad.

12.- Quiero hacer una reflexión final. Yo creo que si una persona desprevenida lee la Regla, se encuentra con un documento tan sencillo, tan humilde, tan poco elaborado filosófica o teológicamente, que puede perfectamente no darse cuenta de que está frente a un proyecto de vida que cambió toda una cultura y que muestra por 1500 años una prodigiosa vitalidad.

Pensemos en esto por un instante.

No vivimos para nada un tiempo humilde. La arrogancia del poder, la fuerza del dinero; los vicios y delitos transformados en derechos que se reclaman a voces. La violencia, el espectáculo, etc. ¿No es una utopía el ideal benedictino?

San Benito no vivió tampoco un tiempo humilde. En el siglo que precedió a la Regla, Roma fué conquistada y saqueada por los bárbaros unas cinco veces; se produjo un tremendo desorden y desestructuración social; anarquía religiosa, herejías y cismas, un culto brutal del lujo, la sensualidad y el poder. Les leo un pasaje de Gregorio de Tours. (Ver otro papel) Hombres como S. Columbano hacen eco pesimista a esta catástrofe cultural, religiosa y social.

La respuesta de S. Benito, y del monacato occidental, es la humilde vida en familia, aprendiendo a servir al señor. El puro testimonio movió a millares de hombres y mujeres por varias generaciones, suavizó las costumbres, enseñó a los ignorantes, evangelizó a los pobres. Y esa vida obediente de oración y trabajo hizo lo que los muchos poderes no habrían conseguido: convirtió a los bárbaros y fundó a Europa. El bien tiene algo de contagioso. Lo dijo Juan Pablo II en una violenta tarde en Santiago: "El amor es más fuerte"

Puede ser el llamado a la familia de hoy, la más humilde de las instituciones donde se encierra el más ardiente y el más puro de los fuegos.